



Capítulo 487: Formación

El suelo todavía vibraba como si hubiera tragado un trueno. Virgilio, en silencio, respiró entre los escombros. El Yamato permaneció en su funda, inmóvil, pero no fue debilidad: fue elección. El coloso que tenía delante —ese tigre monstruoso, un muro viviente de músculo y flujo, barrera e instinto— ya no era un enemigo. Virgilio, con los ojos entrecerrados y la respiración mesurada, comenzó a observarlo como si fuera un maestro en carne y hueso.

Titania, Zuri, Rize y Vanny observaron desde lejos. Nadie interfirió. El aire era demasiado pesado, como si una cuerda de acero vibrara sobre sus cabezas, lista para romperse.

Virgilio no avanzó. Simplemente ajustó su cuerpo, levantando la barbilla y dejando que el tigre tomara la iniciativa.



El rugido resonó, pesado. Las garras rasparon la tierra, levantando polvo. La bestia se abalanzó como un rayo negro. Virgilio no intentó cortar, no intentó romper. Simplemente recibió la ola de fuerza. La pata pasó a centímetros de su cráneo; sus ojos lo siguieron, su cuerpo retrocedió en el momento preciso y sus pies se deslizaron por el suelo como si alguien estuviera bailando.

"Hm," murmuró fríamente, pero había algo nuevo en su tono. No hubo frustración; hubo cálculo.

Con cada golpe que lanzaba el tigre, lo registraba. Hombro, cadera, cambio de peso, oscilación de la barrera. Virgilio comenzó a moverse en el tiempo, como si fuera un reflejo retardado, replicándose. ¿La pata venía de arriba? Levantó el brazo de la misma manera. ¿El impacto rompió el suelo? Copió la posición de sus pies, sintiendo la energía corriendo por sus articulaciones.

La bestia rugió más fuerte, irritada. Virgilio sonrió.



"Entréname más."

El tigre se retorció y golpeó de lado. Vergil, en lugar de esquivar por completo, absorbió parte del impacto con el antebrazo. El hueso se quebró, pero no cedió. Se deslizó hacia atrás, sintiendo el dolor vibrar hasta su hombro. Su mirada brillaba, no de sufrimiento, sino de comprensión.

"Así es como se distribuye el peso. Excelente."

Recuperó su postura, con los puños firmes. El tigre avanzó de nuevo. Virgilio no respondió con un contraataque, sino con imitación—golpeando el aire en el mismo ángulo, con el mismo movimiento. ¿La diferencia? El cuerpo humano se adaptó, aprendió. El movimiento que había sido rudimentario ahora empezó a ganar refinamiento, delicadeza.



Titania entrecerró los ojos. Zuri se mordió el labio. Rize y Vanny, quienes momentos atrás habían estado compitiendo en una carnicería, estaban en silencio, fascinados. Fue extraño... Virgilio estaba recibiendo una paliza, sí, pero lo que emanaba de él no era una derrota. Fue crecimiento.

El tigre rugió de nuevo y bajó la pata formando un arco. Vergil esquivó deliberadamente el final, dejando que el golpe arrancara franjas de piedra detrás de él. Quería ver, sentir, comprender toda la trayectoria. Y cuando repitió el gesto, su propio puñetazo hizo temblar el aire más que antes.

"Interesante." Su voz era profunda, baja y prolongada. "Fuerza bruta moldeada en flujo. No rechaza el impacto; lo redirige."

Dio dos pasos hacia adelante y levantó el puño en el aire. El impacto no fue contra el tigre, sino contra la barrera. El campo oscilaba ligeramente, como si reconociera una firma similar. Virgilio dio una fina sonrisa.



"Eso... es útil."

La bestia no toleró la provocación y dio un salto devastador. Virgilio no dio marcha atrás. Extendió los brazos, su postura firme, y tomó el peso como si aceptara ser enterrado. El suelo se hundió. Su cuerpo casi cedió, sus músculos se desgarraron desde dentro, pero su mente estaba lejos del dolor.

Él se rió. Suavemente, al principio. Luego más fuerte.

"¡Magnífico...!"

La locura por la evolución comenzó a rezumar de él como humo invisible. El aire alrededor de Virgilio se distorsionaba, no por la fuerza del tigre, sino por la suya propia. Sus ojos se agudizaron, su respiración se volvió irregular, como si cada célula de su cuerpo gritara pidiendo más.

Él no quería ganar. Ahora no. Quería aprenderlo todo.

Cada golpe que recibía era absorbido. Su cuerpo, herido y pesado, todavía adaptado. ¿El tigre levantó la pata? Vergil respondió segundos después, casi lo mismo. ¿Se rompió la cola para golpear? Vergil giró las caderas y soltó un latigazo en la pierna, copiando el mismo vector.

Titania sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral. "Él... él se hace más fuerte con cada golpe."

Zuri apretó los puños, tensa. "Esto no es normal. No sólo está luchando... está absorbiendo."



Rize y Vanny no dijeron nada. Pero había un destello de emoción en sus ojos, como si los depredadores observaran nacer a otro depredador.

Vergil empezó a reír de nuevo, esta vez incontrolablemente. Una risa seca y profunda resonó en su pecho. De su boca goteaba sangre, pero no prestó atención. Cada vez que el tigre lo aplastaba contra el suelo, se levantaba más recto, más rápido, más pesado.

"Mai mult...!" gritó, como un discípulo que exige la siguiente lección. "Mai mult!"

El tigre respondió con un rugido que dividió el aire. La barrera tembló como un océano embravecido. Y Virgilio dio un paso adelante, extendiendo los brazos y dando la bienvenida a la tormenta como una bendición.

Su cuerpo comenzó a moverse por sí solo, y cada gesto se perfeccionó mediante el aprendizaje inmediato. Ya no parecía limitarse a defenderse: parecía bailar con la criatura. El impacto que lo había arrojado a metros de distancia ahora fue absorbido, redirigido y utilizado para impulsar un contraataque al vacío. No golpeó al tigre—no necesitaba hacerlo. Era un estudiante en formación, repitiendo la lección hasta que todo su cuerpo la memorizó.

Y lo hizo.

La locura por el potencial, esa adicción silenciosa que siempre había vivido dentro de Virgilio, ahora se filtraba como niebla. El suelo sobre el que se encontraba se agrietaba más fácilmente. Cada golpe contra la nada hacía que el aire se ondulara como si estuviera a punto de romperse. Su mirada estaba hambrienta —no de carne, sino de evolución.

Titania se mordió la comisura de la boca. "Se destruirá a sí mismo... o lo superará todo."



Zuri miró hacia otro lado, inquieto.

El tigre dio un paso atrás, por primera vez. Virgilio, con el rostro manchado de sangre y la sonrisa torcida, levantó la barbilla como si fuera un cazador, no una presa.

"¡Eso es todo...! Más duro. Más rápido. Enséñame TODO LO QUE SABES.
¡MUÉSTRAMELO TODO!"

La bestia atacó con renovada furia y Virgilio se lanzó contra ella, no para derrotarla, sino para robar todos los secretos. Se dejó aplastar, romper, sólo para levantarse y repetir el movimiento con mayor precisión. Su risa resonó en el bosque, una risa febril, cada vez más fuerte, más distorsionada.

Y en ese instante, incluso el tigre pareció dudar.

Vergil ya no era estudiante. Ya no es un adversario. Era un monstruo en ciernes, moldeándose golpe a golpe, defecto a defecto, como si el dolor mismo fuera arcilla para su renacimiento.

